

Rodolfo Alonso:



Las casualidades no existen. ¿verdad querido Freud? Cuando recibí la generosa invitación de Romualdo Brighetti para opinar sobre nuestro pobre país en cuanto a su panorama cultural, con destino a su sintomático libro *Re-pensar la Argentina* (que iba a editar Emecé en 1995), me encontraba en medio de una bronquitis infinita, que aprovechaba para leer —entre otros— a Nietzsche. Después de colgar el teléfono, di vuelta la página de Así Hablaba Zarathustra y allí, en lo alto a la derecha, encontré sin proponérmelo un ajustado diagnóstico de nuestra situación: ¡Rebosante de bultones solemnes está el mercado! —¡Y el pueblo, entretanto, se vanagloria de sus grandes hombres! Éstos son, para él, los señores del momento”.

No me imagino qué hubieran podido llegar a decir, ahora, aquellos brillantes intelectuales argentinos, por lo general entonces optimistas a pesar de su aguda visión crítica, a los que Brighetti planteó esta misma pregunta hace no pocos años. Sin embargo, yo mismo pertenezco a una generación de anistas y escritores que, en su gran mayoría, todavía consideraban que no tenía privilegios sino responsabilidades. Y que había alguien ante quien tenerles. Bajo esa luz llevamos adelante vida y obra pero, llegado este momento, como aquel paradigmático artista del hambre que acuñó el gran Kafka décadas atrás, percibimos la retirada de la sociedad.

Recuerdo, por ejemplo, los ensueños humanistas de aquel valeroso y vibrante neorealismo italiano de posguerra. O la serena confianza en la fraternidad concreta que tantos intelectuales vivieron (o pocos de ellos activamente) durante la ejemplar guerra civil española. O, antes, la irrupción expresionista en medio de los lúneos presagios que rodeaban a Weimar. Y, antes aún, la agresividad de las bellas vanguardias, intentando limpiarlo todo. Hoy, cuando nuestras catedrales son los supermercados, nuestra civilización el show y nuestro barómetro cultural las pullas de prostituto —como bien dijo el actor Alfredo Alcón— que nos prodigan los medios dominantes, ¿qué arte qué humanismo es posible que no sea casi de cataumba?

“El poeta es aquél que se da cuenta de que la lengua, y con ella todas las cosas humanas está en peligro”, dijo el sagaz Michel Butor, ya en 1964. Con un presente mucho más negro que aquel negro futuro imaginado en sus más pesimistas teorías por Orwell o Huxley, el lenguaje ya no es

Sobre un océano de mediocridad

en nuestras comunidades una fuente espontánea de energía creadora, liberadora, digeridora. Como supo afirmar George Steiner hablando de la Alemania nazi, algo muy grave le ocurre, algo enferma a un idioma que transcurre no pasivamente por ciertas experiencias deletéreas. Sólo que, ahora no se trata de experiencias que puedan alcanzar, incluso en su mismo carácter abominable, hasta cierta grandeza digamos trágica. Sino que debemos navegar en un abrumador océano de mediocridad, tan aplastante como contagioso. Y asistir a la impudicia con que tantos se adaptan, se mimetizan, se prostituyen sin tener ni siquiera conciencia de estar haciéndolo.

Antes de morir, Peter Wiss tituló a un libro suyo muy significativo (una novela que en realidad resulta una discusión sobre el sentido del arte entre dos vertientes del pensamiento progresista, una autoritaria y otra libertaria), como *La estética de la resistencia*, no por casualidad ambientada en tiempos de la mencionada legendaria guerra civil española, cuando había un pueblo capaz de caer —y de vivir— por sus ideas. Pero el mal que hoy enfrentemos no es agresivo sino seductor. Los hombres a los cuales pretendíamos dirigirnos no se consideran ya oprimidos sino que ansían participar, en cuanto la ocasión se los permita, en la sociedad de consumo que nos consume. Modestamente, creo que en los tiempos que corren nuestra deseable “estética de la resistencia” no haría más que oponerse, con medios irrisorios, contra la inmensa marea de degradación y de sensacionalismo. Y, de hacerlo, lo haríamos por puro amor propio, por pura autoestima, por simple auto-respecto, sin demasiadas esperanzas, como una apuesta desmedida, pero que no podemos evitar. Y que, muy probablemente, incluso tenga la suerte de pasar inadvertida.

¿Dónde está la poesía?

Algun tiempo después, y por intermedio de otro generoso interlocutor, Alberto Luis Ponzio, recibí una nueva invitación para opinar en una encuesta, esta vez sobre “Situación de la poesía en el mundo actual”. Más allá de las bellas intenciones, pensé de inmediato, proponerme rellejar un panorama tan vasto puede llegar a hacernos parecer, al mismo tiempo, irrisorios y utópicos. Desde un punto de vista apenas estadístico, resulta absolutamente imposible. En cuanto a una presumible conceptualización, si queremos que no se convierta en un mero divagar, tendríamos que precisar el significado de algunos términos. Por ejemplo: de qué estamos hablando cuando decimos poesía?, ¿a qué se puede aplicar, hoy, con cierta exactitud, el concepto mundo actual?

Para no caer —por lo menos en forma desprevenida— dentro de esas redes casi inexorables, aclaro que intentaré referirme a lo que podríamos definir como poesía escrita, tal como ella se ha venido desarrollando a lo largo de varias centurias en la llamada cultura occidental. Y que el marco dentro del cual pretendo imaginármelo no ha de ser otro sino el contraste, por aludirlo no menos evidente entre un sector del planeta ultradesarrollado tecnológicamente, dueño del poder (que hoy incluye la información y la inventiva), y otro espacio mucho más amplio donde conviven —es un decir— vastos sectores directamente por debajo de los niveles elementales de subsistencia, junto con distintos grados de semi, sub o cuasi desarrollo.

Desde un punto de vista cultural (si es que eso tiene todavía algún sentido), lo que aparece haberse impuesto sobre el planeta, desde aquél denominado Primer Mundo, no es sólo la sociedad de consumo sino, por vía de los omnipotentes y seductores medios masivos de comunicación, una civilización del espectáculo, una seudocultura Light, donde hasta el dolor más íntimo o la tragedia más flagrante terminan por volverse show. En ese contexto, que no es sólo el de la nueva religión del shopping sino también el del auge atronadoramente ensordecedor de los hits del audio y del video, me temo que sin habernos dado cuenta se ha ido produciendo ante nuestros ojos, en las últimas décadas, primero lentamente y luego en forma cada vez más acelerada, una verdadera y una profunda mutación cultural: la desaparición del lenguaje como centro de la civilización. Y esa visceral conmoción no se manifiesta tan sólo en los estratos más elevados, donde anida el poder, que ya no es sólo político-económico sino directamente tecno-idolátrico, y donde la publicidad ha sustituido al orador, el videoclip al creador de imágenes, el marketing a la aventura incluso comercial, la ingeniería genética al milagro espontáneo de la vida, sino que ha alcanzado —aquella grave mutación cultural regresiva de que hablábamos— a las fuentes del lenguaje humano que, por serlo, es la fuente misma de la humildad. Y me estoy refiriendo a la devaluación más deletérea: la del lenguaje, que es el umbral mismo de la condición humana.

Hoy, incluso en las grandes ciudades del mundo hiperdesarrollado, cada vez son menos los vocablos con que se maneja una persona. Y, por otro lado, quizás como causa o consecuencia, ya no es por lo general el pueblo, una comunidad con uso cotidiano, la que renueva y da vida (como debería ser) a un idioma, a una lengua.

Si tal fuera la situación, como creo que lo es, la crisis actual de la poesía —que no es sólo de lectura o difusión, sino de esencia y de forma—, no podría entenderse con claridad y honra sino en función de esa violencia prácticamente universal sobre el lenguaje humano. Nunca, ni aún en los momentos más exquisitos y más alquitrarados, pudo haber una gran poesía que no tuviera siempre su raíz, así fuera secretamente, por oscuros meandros y aún sin huellas patentes a la vista, en su contacto con una lengua viva. Es decir con un idioma orgánicamente hablado por un pueblo, orgánicamente empleado para su vida cotidiana por una comunidad. La crisis cada vez más agudizada que hoy va asediando a la poesía en sus aspectos estéticos y socioculturales, no es (mi modesto entender) por supuesto apenas el problema de un género literario o de un tipo de artista en particular. Eso ya ha ocurrido otras veces, y ha habido momentos de esplendor y otros de repliegue, ha habido especies desaparecidas y también rejuvenecimientos y hasta renacimientos. Pero nunca se había afectado de raíz, en sus mismos orígenes, al lenguaje humano como se lo está afectando en estos tiempos.

Por eso, no es la primera vez que me pregunto: ¿en qué habrá llegado el momento de plantearse también una ecología del espíritu, de la condición humana? ¿No será precisamente a consecuencia de los mismos defectos de esta civilización llamada occidental, en la práctica apenas tecnológica y consumista, que estamos enfocando los daños ecológicos que ella produce solamente en sus aspectos geográficos, económicos, materiales, y no estamos tomando en cuenta cuánto le cuesta, qué precio ha tenido todo este maravilloso y a la vez devastador proceso, donde el conflicto no es por supuesto con la mera inventiva científico-técnica sino con su manipulación, en relación con el espíritu del hombre? ¿Qué poesía puede haber, entonces, si se secan las fuentes del lenguaje vivo? Porque, como bien se inquietó nada menos que César Vallejo: “¿Y si después de tantas palabras, no sobrevive la palabra?”

El fin de la Inocencia

Hace no pocos años, en mayo de 1968, mientras aluera en las calles de París arreciaba la rebelión estudiantil, el entonces ministro de Cultura André Malraux, conversaba, casi sosegadamente, con su viejo compañero Max Gallo. Ambos habían conocido otros momentos de camaradería, pero con roles diferentes, defendiendo la causa de los republicanos durante la guerra civil española o enfrentándose al fascismo y luego, directamente, a la ocupación nazi de Francia. Las reflexiones de ambos rondaban entre la melancolía y la desilusión que, viéndole de quienes venía, y en medio de la euforia utópista que entonces los rodeaba, parecían convertirlos en dos hombres agobiados por la edad y la experiencia, todavía no del todo convertido en la antípoda de su propia juventud y, sin embargo, también amargamente lúcidos. Lúcidos con respecto a lo deseable de los ideales y a la comprobada opacidad concreta de lo real, su casi orgánica, visceral resistencia al cambio. En ese diálogo, que creo recordar figura incluso en uno de los últimos libros de Malraux, su amigo Max Gallo asumía aproximadamente el papel de la conciencia crítica, a la vez sobre el antiguo revolucionario entonces convertido en funcionario degaulista pero también, last but not least, al mismo tiempo proyectando la propia experiencia de ambos como veteranos rebeldes sobre la bulliciosa estudiantina libertaria que hervía fuera de donde ellos estaban hablando —reitero que esto ocurría en mayo del 68—, por las calles de París.

Hoy, ya varias décadas después, y desde las páginas de una revista cultural portuguesa, el mismo Max Gallo volvió a asumir para mí ese rol de conciencia crítica, esta vez en el contexto de una nueva situación, ya acaso planetaria, de chato conformismo, también desde el enfoque de los viejos ideales: fraternidad, igualdad, libertad. Y esas palabras suyas de apenas anteayer se convierten en el mejor cierre posible para estas reflexiones a que me vi tentado hoy: “Es preciso luchar, como si fuésemos optimistas”.

Rodolfo Alonso. Argentina, 1934. Crítico literario y editor. Tiene más de 25 libros publicados entre poesía, ensayo y narrativa. Ha traducido a Pessoa, Ungarotti, Pavese y otros.

